

CÁNDIDO O EL OPTIMISMO

Candide

Voltaire, 1759

En 1754 las posesiones francesas en América del Norte fueron atacadas por el ejército británico. Fue una guerra corta, apenas duró un par de años, pero el enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña comenzado en suelo americano tuvo continuidad en Europa Central con otros objetivos y con implicación de la mayor parte de Estados europeos. Este nuevo conflicto se extendió entre 1756 y 1763 y recibió el nombre de guerra de los Siete Años. En este ambiente de exaltación bélica, con más de un millón de muertos, a Voltaire se le ocurrió escribir un cuento antimilitarista en el que denunció, con toda candidez, la estúpida crueldad de sus congéneres. El resumen del relato que viene a continuación de ningún modo debería eximir de la lectura del libro completo. FGI

Capítulo I

Cándido es educado en un hermoso castillo, y es expulsado de él

«Había en Westfalia un joven a quien la naturaleza había dado los más dulces hábitos. Tenía un juicio bastante recto con alma muy simple; por ello, creo, le llamaban Cándido.» Vivía en el castillo de un barón, «uno de los señores más poderosos de Westfalia, pues su castillo tenía puertas y ventanas. Incluso la gran sala estaba adornada con un tapiz. Todos le llamaban Monseñor y le reían las gracias (...) Su hija Cunegunda, de diecisiete años de edad, era de tez encendida, fresca, rolliza, apetitosa. El preceptor Pangloss* era el oráculo de la casa y demostraba admirablemente que no hay efecto sin causa: Fijaos en que las narices se han hecho para llevar gafas; por ello tenemos gafas.» Un día, el barón sorprendió a Cándido y a Cunegunda detrás de un biombo y echó al joven a patadas del castillo.

* Este nombre podría traducirse como *Todas-las-lenguas*, aludiendo a la sabiduría universal del preceptor, o *Todo-lengua*, subrayando su verborrea.

Capítulo II

Cándido y los búlgaros

«Dos hombres vestidos de azul» alistaron a Cándido en un regimiento de búlgaros. Ignorante de su nueva condición, Cándido echó a caminar, no tardando en ser detenido y azotado por desertor.

Capítulo III

Cándido huye de los búlgaros, y lo que le sucede después

Entablada la batalla entre búlgaros y ábaros, «Cándido se escondió lo mejor que pudo durante esta heroica carnicería.» Descripción sarcástica de los resultados. Cándido pide limosna, siendo maltratado por un «señor de manto negro.» El socorro brindado por Jacobo, un anabatista, le hace decir: «Bien me

había dicho el maestro Pangloss que todo es óptimo en este mundo.» Pero su candidez queda de manifiesto al cruzarse «con un pordiosero totalmente cubierto de pústulas, con los ojos muertos, la punta de la nariz roída, la boca torcida, los dientes negros, atormentado por violenta tos y que escupía un diente en cada esfuerzo.»

Capítulo IV

Cándido encuentra a su antiguo maestro de filosofía, el doctor Pangloss,
y lo que le ocurre con él

El mendigo no es otro que Pangloss, quien le cuenta que el castillo ha sido asaltado por los búlgaros y muertos todos sus ocupantes, incluida Cunegunda. Pero su estado no lo debe a la guerra, sino al amor de una doncella que le contagió la «enfermedad que envenena el manantial de la generación. [A ella] le venía de un franciscano que lo había cogido de una vieja condesa, que lo había recibido de un capitán de caballería, que se lo debía a una marquesa, que lo cogió de un paje, el cual lo había recibido de un jesuita, el cual, siendo novicio, lo había recibido por línea recta de un compañero de Colón.» A instancias de Cándido, el buen anabatista también acoge a Pangloss, costeando su curación. Dos meses después, Jacobo hace un viaje a Portugal y les lleva consigo. «Todo eso era indispensable, decía el doctor; las desgracias particulares hacen el bien general; de suerte que cuantas más desgracias particulares haya, mejor estará todo.»

Capítulo V

Tempestad, naufragio, terremoto y lo que fue del doctor Pangloss, de Cándido
y del anabatista Jacobo

A la vista de Lisboa, una tempestad hunde el barco, pereciendo Jacobo en su intento de ayudar a un marinero por el que previamente había sido golpeado. Cándido y Pangloss ganan la orilla asidos a una tabla, pero apenas pisan tierra, ésta se estremece. Es el terremoto de Lisboa de 1755, que causó 25.000 muertos. Descripción de los estragos. Pangloss reafirma su teoría: «Esto es lo mejor; pues si hay un volcán en Lisboa, no puede estar en otro lugar.»

Capítulo VI

Se celebra un auto de fe para prevenir los terremotos y Cándido es azotado

Sin tardanza, «los sabios del lugar [organizaron] un bello auto de fe; decidido estaba por la universidad de Coimbra que el espectáculo de algunas personas quemadas a fuego lento era secreto infalible para impedirle a la tierra temblar (...) Vinieron a esposar al doctor Pangloss y a su discípulo Cándido, al uno por haber hablado, y al otro por haber escuchado con aire de aprobación (...) Cándido fue azotado y Pangloss fue ahorcado.» Pese a la quema de tres hombres en el mismo acto, la tierra vuelve a temblar. «Cándido, espantado, desconcertado, perdido, ensangrentado, se decía a sí mismo: si aquí está el mejor de los mundos posibles, ¿cómo son los demás?»

Capítulo VII

Una anciana cuida a Cándido, y éste encuentra de nuevo a su amada

Reencuentro de Cándido y Cunegunda.

Capítulo VIII Historia de Cunegunda

Después de ser herida y violada, un capitán la llevó consigo hasta que, necesitado de dinero, la vendió a un judío, al que «resistí mejor que al soldado: una persona de honor puede ser violada una vez, pero con ello su virtud se hace más firme.» Después, el judío se vio obligado a compartirla con el inquisidor, bajo amenaza de auto de fe. «Muy cruelmente me engañó Pangloss cuando me decía que todo iba óptimamente», concluye Cunegunda.

Capítulo IX Qué sucede a Cunegunda, a Cándido, al gran inquisidor y a un judío

El judío los sorprende y ataca a Cándido, que lo atraviesa con su espada en un gesto instintivo. Llega después el inquisidor y Cándido repite la faena, esta vez de forma razonada: «Cuando se está enamorado, celoso y ha sido uno azotado por la Inquisición, ya no se conoce ni uno mismo.» Los dos jóvenes y la vieja huyen camino de Cádiz.

Capítulo X Pobreza de Cándido, Cunegunda y la vieja hasta llegar a Cádiz, donde embarcan

Ya en Cádiz, asisten a los preparativos de una flota que parte para combatir a los jesuitas sublevados en Paraguay (Voltaire ayudó a financiar esa expedición: «Alimento a los soldados. Les hago la guerra a los jesuitas. Dios me bendecirá», escribió en 1756). Gracias a la instrucción recibida de los búlgaros, Cándido accede al mando de una compañía de infantería y embarca con el grado de capitán, llevando consigo a Cunegunda y a la vieja. Cándido opina que «el nuevo es seguramente el mejor de los universos posibles. -¡Dios lo quiera!, decía Cunegunda; pero he sido tan horriblemente desgraciada en el mío, que mi corazón casi está cerrado a la esperanza.»

Capítulo XI Historia de la vieja

La vieja les cuenta su historia, resultando ser hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina. Siendo virgen cayó en manos de un corsario que la llevó a Marruecos.

Capítulo XII Continúan las desgracias de la vieja

En Marruecos, fue adquirida por un eunuco napolitano, que asumía su condición como algo normal: «Nací en Nápoles, allí se capan dos o tres mil niños todos los años; unos mueren, otros adquieren una voz más bella que la de las mujeres.» El castrado «había sido enviado cerca del rey de Marruecos por una potencia cristiana, para firmar con este monarca un tratado por el cual le proporcionaron pólvora, cañones y barcos, para ayudarle a exterminar el comercio de los demás cristianos.» Cumplida su misión, el eunuco vendió su esclava al dey de Argel. Poco después estalló la peste, que acabó con el dey, y la joven fue pasando de mercader en mercader. Durante un asedio, los soldados hambrientos resolvieron comerse a las mujeres, empezando por cortarles una nalga. La caída del puesto en

manos enemigas permitió a la joven conservar la otra: «Cien veces quise matarme, pero todavía amaba la vida. ¿Hay algo más necio que el querer llevar continuamente un fardo al que se quiere tirar al suelo?»

Capítulo XIII

Obligan a Cándido a separarse de la bella Cunegunda y de la vieja

Tras desembarcar en Buenos Aires, «fueron a casa del gobernador don Fernando de Ibaraa, y Figueroa, y Mascarenes y Lamourdos, y Souza. Este señor tenía la soberbia que a un hombre con tantos apellidos conviene. Hablaba a los hombres con el noble desdén, elevando tan alto la nariz, alzando tan despiadadamente la voz (...) que todos los que le saludaban tenían tentaciones de pegarle.» Pretendida por el gobernador, Cunegunda pide consejo a la vieja, que lo tiene claro: «Las desgracias dan derechos: si estuviera en vuestro lugar, no tendría ningún escrúpulo de casarme con el señor gobernador, y en hacer la felicidad del señor capitán Cándido.» Llega un alcalde que viene persiguiendo a los asesinos del inquisidor mayor.

Capítulo XIV

Cándido y Cacambo son recogidos por los jesuitas del Paraguay

Cacambo, un criado que Cándido se trajo de Cádiz, prepara la huida: «Ibais a guerrear contra los jesuitas; vamos a guerrear por ellos.» Presentados ante el comandante de los jesuitas, Cándido reconoce en él al hermano de Cunegunda.

Capítulo XV

Cándido mata al hermano de su querida Cunegunda

Aunque fue dado por muerto, el jesuita encargado de enterrarlo comprobó que aún alentaba y lo curó. «Yo era muy guapo; por ello el reverendo padre Croust¹, superior de la casa, se encariñó mucho conmigo: me dio el hábito de novicio; algún tiempo después me enviaron a Roma.» De allí fue a Paraguay, donde hoy es coronel y sacerdote. Pero el contento del jesuita se convierte en ira al conocer la pretensión de Cándido de convertirse en su cuñado y golpea al insolente. Cándido ensarta al barón con su espada y huye disfrazado con las ropas del muerto.

¹ Así se llamaba un [jesuita con el que Voltaire tuvo un enfrentamiento en 1754.

Capítulo XVI

Aventuras de los dos viajeros con dos muchachas, dos monos
y con unos salvajes apodados orejudos

En una pradera, Cándido ve a dos jóvenes desnudas correr delante de dos monos y, creyéndolas atacadas, dispara sobre las bestias, provocando un drama sentimental, ya que en estas tierras, las damas acostumbran a tener a simios por amantes. Denunciado por las jóvenes, Cándido es prendido por los orejones, que celebran la oportunidad de comer jesuita. Por suerte, Cacambo les saca de su error sobre la identidad de su amo. Al saber que Cándido es matador de jesuitas, los orejones lo agasajan. «Después de todo, la pura naturaleza es buena», concluye el joven, en alusión irónica a la teoría del buen salvaje de Rousseau.

Capítulo XVII

Cándido y su criado llegan al país de Eldorado

Las aguas de un río llevan a Cándido y Cacambo, a través de una gruta abierta en la montaña, al interior de un «país cultivado tanto con vistas al placer como a la necesidad; en todas partes, lo útil era agradable.» Allí, los niños pobres juegan con oro y piedras preciosas, las tabernas son como los palacios europeos y todo es ofrecido de forma gratuita: «Esta es probablemente la tierra donde todo va bien, pues tiene que haber necesariamente una de esta especie. Por mucho que dijera el doctor Pangloss, a menudo me he dado cuenta de que todo iba mal en Westfalia.»

Capítulo XVIII

El país de Eldorado

Un amable sabio de ciento setenta y dos años les explica que se encuentran en el Perú, «en la antigua patria de los incas, que salieron muy imprudentemente para ir a sojuzgar a otra parte del mundo y que fueron destruidos por los españoles.» En Eldorado creen en Dios, pero: «no le rezamos; no tenemos nada que pedirle, nos ha dado todo lo que necesitamos; le damos gracias sin cesar.» Para ello no necesitan intermediarios: «Todos somos sacerdotes; el rey y todos los cabezas de familia cantan cánticos en acción de gracias todas las mañanas. -¡Cómo! ¿No tenéis monjes que enseñan, discuten, gobiernan, intrigan y mandan quemar a los que no son de su parecer? -Tendríamos que estar locos.» Tampoco tienen audiencia ni parlamento, porque en Eldorado no se pleitea nunca. Después «les hicieron visitar la ciudad, los edificios públicos que se elevaban hasta las nubes, los mercados adornados con mil columnas, las fuentes de agua de rosa, las de licor de caña de azúcar, las plazas empedradas con piedras preciosas que despedían un olor semejante al del clavelo y la canela... En toda la tarde recorrieron aproximadamente una milésima parte de la ciudad.» Todo lo que ve despierta el asombro, pero también la ambición de Cándido: «Si permanecemos aquí, sólo seremos como los demás; en cambio si volvemos a nuestro mundo cargados con piedras de Eldorado seremos más ricos que todos los reyes juntos.» De modo que, después de un mes de estancia, «los dos felices resolvieron no serlo ya, y pedir licencia a Su Majestad para ausentarse, cosa a lo que éste accedió haciendo que los transportaran al otro lado de las montañas, bien provistos de víveres, de piedras y del barro amarillo del país.» La moneda de Eldorado es la libra esterlina.

Capítulo XIX

Aventuras de Surinam. Cándido conoce a Martín

«Tras cien días de marcha, sólo les quedaron dos carneros» de los cien con que habían salido: «Qué poco duran las riquezas de este mundo. Nada hay sólido más que la virtud y la felicidad de volver a ver a la señorita Cunegunda», dice Cándido. Al llegar a Surinam encuentran tumbado en el suelo un esclavo negro al que faltan un brazo y una pierna: «A ese precio comen azúcar en Europa», se lamenta el mutilado. «¡Oh Pangloss! -exclamó Cándido-, tendré que renunciar al fin a tu optimismo», aclarando a Cacambo el significado de esta palabra: «es el empeñarse rabiosamente en sostener que todo está bien cuando todo está mal.» Cándido tiene el propósito de ir a Buenos Aires y rescatar a Cunegunda, que se ha convertido en «la amante favorita de monseñor.» Cándido expone su plan a Cacambo: «Cada uno de nosotros disponemos de cinco o seis millones en

diamantes; vete a Buenos Aires y recupera a la señorita Cunegunda. Si el gobernador pusiera algún obstáculo, entrégale un millón; si no lo acepta, ofrécele dos. Yo te esperaré en Venecia.» Cándido entrega a un mercader holandés «la fortuna de veinte monarcas» para que lo lleve a Venecia, pero el mercader se fuga con los dos carneros cargados de diamantes. Cándido parte en un barco francés llevando consigo a un viejo sabio al que exige ser «el hombre que sintiera más asco de su estado y se sintiera también el más desgraciado de la provincia.»

Capítulo XX Aventuras de Cándido y Martín en el mar

Así se expresó «el viejo sabio, que se llamaba Martín: No hay ciudad que no desee la ruina de la ciudad vecina, ni familia que no quiera exterminar a alguna otra familia. En todas partes los débiles aborrecen a los poderosos ante los cuales se arrastran, y los poderosos los tratan como rebaños cuya lana y carne se venden. Un millón de asesinos alistados ejercen el asesinato y el bandolerismo disciplinadamente para ganarse el pan, porque no tienen mejor oficio (...) En una palabra, tanto he visto y tanto he sufrido que soy maniqueo.» Durante el viaje tienen ocasión de ver cómo un barco español hunde al del holandés que había robado a Cándido sus riquezas, recuperando éste uno de sus carneros.

Capítulo XXI Cándido y Martín se acercan a las costas de Francia y siguen razonando

Martín dice haber recorrido varias provincias francesas: «En todas, la principal ocupación es el amor; la segunda, maldecir; y la tercera, decir necedades. París tiene algo de todas esas especies; es un gentío en el que todo el mundo busca placer, y donde casi nadie lo encuentra.» «¿Con qué fin ha sido fundado este mundo?, dijo Cándido. -Para hacernos rabiar, contestó Martín. -¿Creéis, dijo Cándido, que los hombres siempre hayan sido mentirosos, falsos, pérfidos, ingratos, bandidos, débiles, veleidosos, cobardes, envidiosos, golosos, borrachos, avaros, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, depravados, fanáticos, hipócritas y necios? -¿Creéis, dijo Martín, que los gavilanes siempre se hayan comido a las palomas cuando las han encontrado?»

Capítulo XXII Aventuras de Cándido y Martín en Francia

En Burdeos, Cándido regala su carnero a la Academia de Ciencias. Al entrar en París, Cándido «creyó estar en el pueblo más feo de Westfalia. Apenas llegado a su posada, le dio una enfermedad ligera [que] a fuerza de medicinas y sangrías, se hizo seria.» Cuando sana se dedica a conocer París. En casa de la marquesa de Parolignac, Cándido escucha las palabras de un hombre sabio y de buen gusto sobre las últimas novedades literarias: «El hombre explicó muy bien cómo una obra podía presentar cierto atractivo, pero no tener casi ningún valor; hay que ser innovador sin resultar extraño, a menudo sublime y siempre natural, conocer el corazón humano y hacerlo hablar, ser un gran poeta, conocer la lengua a la perfección, hablarla con pureza y constante armonía, sin que nunca el sentido sufra por la rima». El hombre sabio censura a los que hacen «largas invocaciones a los dioses, porque no saben hablar a los hombres.» Este hombre discrepa del optimismo de Pangloss: «Para mí todo va mal entre los hombres; salvo el tiempo dedicado a las comidas, el resto del tiempo se emplea en estúpidas querellas; es

una guerra sin fin.» Antes de salir de aquella casa, Cándido es infiel a Cunegunda en brazos de la marquesa. Nuevamente es engañado, robado y prendido. Finalmente, él y Martín embarcan hacia Inglaterra.

Capítulo XXIII

Lo que vieron Cándido y Martín en las costas de Inglaterra

Llegando a Porstmouth, Cándido ve cómo un almirante es ejecutado a bordo de un navío «porque no ha mandado matar a bastante gente.» Cándido no quiere ni pisar tierra, continuando viaje hasta Venecia.

Capítulo XXIV

Paquita y fray Alhelí

En Venecia no encuentra a Cunegunda ni a Cacambo, pero sí a Paquita, aquélla cuyas purgaciones dejaron a Pangloss hecho un ecce homo. La pobre criada se vio obligada a pasar de un carcamal a otro, en «este abominable oficio que a vosotros, hombres, tanto os gusta, y que para nosotras es sólo un abismo de miseria.»

Capítulo XXV

Visita al señor Pococurante, noble veneciano

Queriendo conocer a un hombre feliz, Cándido visita al senador Pococurante, comprobando que su riqueza sólo le produce hastío: «¡Qué hombre superior, que gran genio este Pococurante, ¡nada le gusta!», decía Cándido, «al que se había educado para que no juzgara nada por sí mismo.»

Capítulo XXVI

Cándido y Martín cenan con seis extranjeros

En una posada, Cacambo se identifica ante Cándido. Ahora es un esclavo y le hace saber que Cunegunda, también esclava, está en Constantinopla. Esa noche, Cándido cena con seis extranjeros que resultan ser monarcas destronados que acuden a pasar el carnaval en Venecia. Uno de ellos, arruinado, recibe un valioso presente de Cándido. Igualmente, varias Altezas Serenísimas de Europa eran acreedores de Voltaire, que se refería a ellos como «pobres diablos de príncipes que suspiran por [nuestro] dinero.»

Capítulo XXVII

Viaje de Cándido a Constantinopla

Cándido y Martín se embarcan hacia Constantinopla junto a «su miserable Alteza», el sultán destronado. A Cándido le conmueven los magnates caídos en el infortunio, pero Martín opina «que hay millones de hombres en la tierra cien veces más dignos de lástima» que ellos. Cacambo anticipa a su antiguo amo que Cunegunda es ahora una fregona y ha perdido su belleza. En la galera, Cándido descubre como galeotes a Pangloss y al hermano de Cunegunda, pagando su rescate.

Capítulo XXVIII

Andanzas de Cándido, Cunegunda, Pangloss, Martín, etc.

Los liberados explican cómo escaparon de la muerte. Según Pangloss, «el ejecutor de las altas obras de la Santa Inquisición quemaba a la gente de maravilla, pero no estaba acostumbrado a ahorcar». Cuenta luego otras amarguras, pese a las cuales sigue pensando que todo está bien: «Puesto que soy filósofo, no me conviene desdecirme. Leibnitz no puede equivocarse.»

Capítulo XXIX

Cándido encuentra a Cunegunda y a la vieja

Al ver al objeto de su amor, Cándido «retrocedió tres pasos sobrecogido de horror, y avanzó luego por cortesía [pero] Cunegunda no sabía que estaba fea y le recordó sus promesas con tono tan absoluto que el bueno de Cándido no se atrevió a rechazarla.» Sin embargo, el barón sigue oponiéndose a ser su cuñado.

Capítulo XXX

Conclusión

Cándido devuelve al barón a las galeras y compra una granjita, casándose con Cunegunda, que «al estar cada día más fea, se hizo desabrida e insoportable.» La vieja repasa todas sus calamidades antiguas y pregunta si no era mejor todo aquello que «estar aquí sin hacer nada.» «Martín concluyó que el hombre había nacido para vivir en las convulsiones de la inquietud o en el letargo del aburrimiento. Pangloss confesó que había sufrido siempre horrorosamente, pero que al haber sostenido una vez que todo iba de maravilla, seguía sosteniéndolo, sin creerlo en absoluto.» Entonces, consultan a un derviche, que les responde: «¿Qué más da que haya bien o mal? Cuando su Alteza manda un navío a Egipto, no se preocupa de si los ratones que están en el barco van o no a gusto.» De regreso, pasan por la modesta granja de un viejo que parece feliz. Ni sabe ni quiere saber de política, «el trabajo aleja de nosotros tres grandes males: el aburrimiento, el vicio y la necesidad.» «Trabajar sin razonar, dijo Martín; es la única forma de hacer soportable la vida.» Y tras repasar una lista de reyes que han perecido por su grandeza (como si las calamidades narradas no hubieran atacado aún con mayor saña a los pobres) decidieron ser todos humildes cultivadores de su modesto jardín turco.